

A manera de exorcismo: solidaridad, caridad y egoísmo en tiempos de pandemia

José Hurtado Pozo

Ubicándonos en un pasado demasiado lejano, podemos afirmar que muchos fallecieron sin que se supiera que la causa era el cáncer o el SIDA que padecían. Esto no se debe a que entonces no se hubieran conocido los síntomas de estas enfermedades, sino porque aún no habían sido inventadas, en el sentido de creadas. Lo que se produce sólo cuando, en el discurso médico, se describieron sus características y se les bautizó con los nombres que ahora ostentan.

Lo mismo sucede con la actual epidemia covid-19. Como tal no existía antes de que en Wuhuan, algunos médicos comenzaron a señalar la muerte de pacientes, sufriendo ciertos malestares que no correspondían plenamente a alguna enfermedad o epidemia letales ya conocidas y controladas medicamente, como la gripe.

Identificar el virus, su origen, su estructura, su funcionamiento es indispensable para establecer, además de la prevención, los tratamientos y crear las vacunas para enfrentarlo sanitariamente y salvar vidas.

Los discursos agresivos y acusadores contra los gobiernos, atribuyéndoles haber, voluntaria o negligentemente, creado y difundido el virus, oculta el conflicto de relaciones de poder que existen a nivel internacional, nacional, local y hasta personal.

Gracias a su poder institucionalizado, el Estado impone coercitivamente el confinamiento de la población. Sin poder, en nuestro país, apoyarla con medidas sanitarias y sociales mínimas indispensables.

Restringidos en su libertad y expuestos a una grave falta de medios de subsistencia, los afectados carecen de poder para reclamar el respeto de sus derechos y dignidad (imposibilidad de manifestaciones de protesta, de toma de locales, de reuniones públicas en locales cerrados...). Los partidos o colectivos políticos, las instituciones religiosas u organizaciones no gubernamentales, los sindicatos o movimientos sociales son incapaces de desarrollar una gran campaña en favor de los más afectados por la pandemia.

Ante este vacío, algunas personas o algunos grupos, de manera espontánea y generosa, organizan campañas, grandes o pequeñas, para obtener donativos que les permita dotar a hospitales, casas de ancianos o grupos de necesitados, los medios de prevención, medicamentos, alimentos o productos para el cuidado personal.

La reacción extrema y desesperada de quienes se sienten abandonados y sin posibilidades de subsistir en las ciudades es el retorno, por cualquier medio o manera, a sus lugares de origen. En donde esperan ser acogidos en el seno familiar o en la comunidad, poder trabajar la pequeña parcela para cosechar algo de pan llevar o gozar de la tranquilidad doméstica, aún bajo la amenaza de la guadaña de la pandemia.

De modo que la horrorosa pandemia tiene efectos negativos o positivos sobre las personas. Su eliminación dejará marcas indelebles que serán o no aprovechadas para mejorar la situación económica y social de amplios sectores de la humanidad. Pero tratándose de relaciones de poder

desiguales, esto no dependerá sólo de las actitudes caritativas de organizaciones o de benefactores individuales. Es indispensable la participación, activa e intensa, en cada una de nuestras relaciones privadas o públicas, para invertir el ejercicio del poder cotidiano.

Lejos estamos de lograrlo, si se mantiene una actitud personal egoísta. Como la de un conocido que, con alegría y satisfacción, me contaba que no figuraba en la lista de 200 trabajadores que la empresa había despedido. Sin importarle ni lamentar la suerte de los despedidos y de sus familiares. Actitud, complementada por la afirmación de algunos que la pandemia tiene también algo de bueno, en la medida en que refuerza el poder del Estado, disciplina a las personas, limita o impide la inmigración tanto interna como internacional o disminuye la carga social que representan los ancianos, inválidos y enfermos incurables. Me olvidaba... facilita la decisión de los médicos sobre a quién, entre los enfermos graves en unidades de cuidado intensivo, debe aplicarse uno de los pocos aparatos de respiración disponibles.

Ojalá que la parca nos coja debidamente arrepentidos de todas nuestras maldades.

Fribourg/Lima, junio 2020